

LO EDUCATIVO Y LA DESIGUALDAD

UNA MIRADA TECNOPOLÍTICA

*José Carbajal Romero**

Secretaría de Educación Pública - México

Resumen

Si, en un sentido amplio, entendemos a lo educativo como el complejo proceso de producción de subjetividad, ese territorio rizomático de significaciones donde los sujetos se gestan, configuran y reconfiguran, es decir, donde se producen las identidades sociales, difícilmente podemos no asignar a la emergencia de todo sujeto un alto contenido tecnopolítico que discurre en el cuerpo mismo de nuestra humana subjetividad, ahí donde somos lo que somos, donde nuestro yo emerge y se muestra, donde la desigualdad, extendida en nuestros países, deja su marca. Así, lo educativo y lo tecnopolítico tienen más cercanía teórica de la que se les suele atribuir. Este trabajo, es un ejercicio en devenir sobre la génesis, diseminación y territorialización de lo educativo por lo tecnológico, desde una mirada que incorpora, como ingredientes para pensar, algunos conceptos de Guattari, Deleuze y Derrida; en él se exploran las presencias e implicaciones de lo tecnopolítico en lo educativo (y, por metonimia, en la educación); o, dicho más llanamente las huellas o improntas que

*José Carbajal Romero es Dr. en Ciencias con especialidad en Investigaciones Educativas por el Centro de Investigación y de Estudios Avanzados (Cinvestav) del Instituto Politécnico Nacional. Autor de varios artículos sobre las implicaciones sociales y educativas del desarrollo tecnológico, escritos desde la perspectiva del Análisis Político de Discurso. Su línea de trabajo es la construcción de herramientas de intelección para pensar a las llamadas Sociedades de la Información y el Conocimiento, la irrupción social de las Tecnologías de la Información y la Comunicación y sus implicaciones en los contextos educativos. Está interesado en autores como: Ernesto Laclau, Jacques Derrida, Chantal Mouffe, Paul de Man, Emmanuel Levinas, Gilles Deleuze y Michel Foucault. Correo electrónico: carbajalromero@gmail.com

ambos registros conservan del arkhé de su relación.

Keywords: lo educativo, diseminación, territorialización, techné, educación, tecnopolítica.

Recaudos: la teoría en práctica

Los planteamientos que a continuación expongo participan de una ineludible condición postmoderna, un conjunto de escepticismos frente a las “certezas” teóricas de la modernidad y de sus figuras de intelección, frecuentemente sostenidas por una excesiva valoración de la razón ilustrada. Escepticismos que, a contracorriente de muchos tecnofílicos ultramodernos y, otros tantos, tecnofóbicos duros, no considero debilidad conceptual ni falta de rigor metodológico, sino necesidad analítica sustentada en la radical imposibilidad que tiene todo observador para acceder de manera transparente a los objetos del mundo. Lo señalado, respecto del carácter posmoderno de mis planteamientos, no supone que olvido la complejidad conceptual que este término introduce en la discusión sobre el cambio cultural introducido por la dimensión tecnológica, en principio acuerdo con Harvey cuando señala que:

Una vez que el posmodernismo se conectó con el posestructuralismo, con el posindustrialismo y con todo un arsenal de otras “nuevas ideas”, apareció cada vez más como una poderosa configuración de nuevos sentimientos y reflexiones. Parecía cumplir a la perfección un papel crucial en la definición de la trayectoria del desarrollo social y político, simplemente por la forma en que definía pautas de la crítica social y de la práctica política. En los últimos años, ha determinado las pautas del debate, ha definido la modalidad del “discurso” y ha establecido los parámetros de la crítica cultural, política e intelectual (Harvey, 1998, p. 11).

Dicho de otra manera –y aquí me refiero a la importancia y apremio de inventar nuevas metáforas para pensar lo social–, pienso en la teoría no como un adorno inne-

cesario ni como un proceso intencionado de borrado de las rutas de explicación temática de un objeto de la realidad, sino como un conjunto productivo, exigente de “herramientas” de imaginación e inteligibilidad; conjunto que permanentemente se define y redefine en sus relaciones específicas con el espacio de observación al que se aplica y del que forma parte.

Así, para este trabajo, la teoría no es accesoria sino central; es una práctica que integra, al proceso de elaboración y configuración de todo objeto de estudio, un posicionamiento onto-epistemológico y un paquete dúctil de herramientas de intelección, que a su vez son permanentemente deconstruidas por ese mismo objeto. La teoría es una práctica que modula y establece regulaciones a las demás prácticas humanas. Yo sostengo que no hay práctica posible sin que esté en juego alguna dimensión teórica. En principio la pienso como el juego cuidadoso, puntilloso de la conceptualidad¹; es decir de la producción afinada de los conceptos que nos permiten nombrar el mundo y sus fenómenos. Así es entendida en este trabajo.

Cuando aludo a las transformaciones de lo educativo y la educación, no sólo me refiero a aquellas que acontecen en los entornos escolares, o que más propiamente reciben el mote de educativas por su evidente relación con actividades de enseñanza-aprendizaje directas o tuteladas por un profesor frente a un grupo de alumnos. Así, las redes de significación estructuradas a partir de las transformaciones tecnológicas contemporáneas reticulan, junto con otras fuerzas instituyentes del sentido novedosas formas de lo social e introducen cambios en la subjetividades. Hay una creciente transformación de las formas de vida derivada en buena medida de la revolución tecnológica, que se expresa en diferentes esferas de la vida pública y que, para algunos analistas, alude incluso a una modificación de la base material de la sociedad, es el caso de Manuel Castells, quien señala que:

¹ Deleuze y Guattari atribuyen esta tarea (conceptualizar, producir conceptos) a la filosofía, lo hacen cuando la equiparan al “arte de formar, de inventar, de fabricar conceptos” Deleuze and Guattari (2001, p. 8). Yo coincido con este planteamiento. Me parece, sin embargo, que la teoría, entendida como el ejercicio ineludible del pensamiento que se pone en juego para vivir y comprender el mundo, comparte con la filosofía esa tarea.

Una revolución tecnológica, centrada en torno a las tecnologías de la información, está modificando la base material de la sociedad a un ritmo acelerado. Las economías de todo el mundo se han hecho interdependientes a escala global, introduciendo una nueva forma de relación entre economía, Estado y sociedad en un sistema de geometría variable. (Castells, 1997, p. 27).

Lo educativo y lo tecnopolítico

Si entendemos a lo educativo como un registro de intelección para mirar la urdimbre de agenciamientos de constitución y gobierno de las subjetividades que, en permanente devenir, discurren en un rizomático y amplio territorio de disposiciones sociales, difícilmente podemos no asignar a la emergencia y reconfiguración de todo sujeto un alto contenido tecnopolítico. O, dicho en otros términos, de incorporación en la subjetividad misma de formas y disposiciones de techné² en permanente funcionamiento y cambio. Donde la techné, en tanto régimen de gobierno, ocupa nuestra subjetividad, toma “su lugar” ahí donde emergen y se muestran los mecanismos de control de eso que somos, donde la desigualdad social deja su marca histórica y establece, para bien y para mal, las distinciones. Así entendidos y en tanto registros analíticos, lo educativo y lo tecnopolítico tienen más cercanía de la que se les suele atribuir.

El discurso moral o la “bondad” de la educación

Es común hablar de la importancia que tiene la educación en el desarrollo de las sociedades contemporáneas, casi no hay encuentro o congreso de expertos en temas educativos que no concluya que la educación, con las variantes con que hasta ahora la hemos imaginado y construido, configura un conjunto fundamental de herramientas

² Entendida la techné como agenciamiento de gobierno del cuerpo de los sujetos y de sus significaciones.

para la producción y el desarrollo en nuestras sociedades de mejores condiciones de vida.

Por mi parte, y en alguna medida a contracorriente de esas opiniones, afirmo que este tipo de conclusiones produce en los espacios de discusión sobre los desafíos actuales de la educación, una condición problemática sostenida, más que en argumentos teóricamente firmes, en una lógica recursiva de orden moral que suele presentar a la educación institucionalizada, sin mayor cuestionamiento o ejercicio analítico, como una construcción esencial cargada de trascendental bondad. Esta impronta lógica o marca de bondad que se coloca en la base de toda empresa educativa tiene, en mi opinión, resonancias cuasi religiosas, establece interdicciones morales al análisis educativo que, si bien no trataré aquí, apunto como un elemento importante de discusión y análisis, como un agenciamiento que opera y establece gobierno sobre el “cuerpo-alma” de los sujetos.

Así, la educación institucionalizada³, esa gran máquina⁴ moderna en la que se finca la producción de conocimiento, ciudadanía y transferencia cultural, la que heredamos de nuestros distintos pasados, próximos y lejanos; la que ahora tenemos en nuestros países y la que esperamos tener según proponen nuestros también distintos horizontes de futuro, está simbólicamente investida de una incuestionada bondad que la trasciende y que por lo mismo obnubila y, con frecuencia, desautoriza el ejercicio crítico riguroso de los orígenes y andamios históricos de las teorías y prácticas educativas sedimentadas. Desde esta lógica de pensamiento reiterada e insuficientemente cuestionada, la educación se nos presenta, con más frecuencia de la necesaria, como políticamente buena; es buena en tanto herencia “legítima” del compromiso superior de la modernidad; es buena más allá de sus particularidades históricas, formas prácticas, usos y recursos específicos; es buena, incluso ante sus insuficiencias,

³ Como ya lo he señalado en otros documentos me interesa pensar la educación y lo educativo en un sentido amplio mucho más allá de los acotamientos, improntas y prácticas de las instituciones escolares. En este sentido, lo educativo es equiparable a toda forma de subjetivación, con todo aquello que participa de la configuración del ser particular de los seres humanos.

⁴ Uso el concepto de máquina con los sentidos atribuidos por Deleuze and Guattari (2006).

retrocesos, equívocos y fracasos. En mi opinión, esta bondad trascendente que, sin mayor discusión, solemos atribuir a las variadas formas de la educación constituye una de las dificultades centrales que enfrenta el análisis del desarrollo educativo contemporáneo, de sus condiciones y de los discursos que sobre la educación hemos producido en las últimas décadas.

Educación y medios

Los latinoamericanos vivimos sin duda tiempos especialmente complejos: una crisis económica, política, social, cultural y educativa que con mucho nos coloca en el papel de damnificados. Nuestra confianza en la modernidad está fracturada. En un tiempo relativamente breve han dejado de operar la gran mayoría de las certidumbres que la historia nos ofrecía como meta-premio. Repentinamente las construcciones intelectuales que nos prometían el advenimiento de la modernidad plena se derrumbaron estrepitosamente. Somos testigos de una revolución. Asistimos al parto de una nueva cultura y el concepto que usamos para designar nuestros múltiples desamparos no deja satisfechas las incertidumbres que padecemos.

Cuando se pretende darle nombre a nuestra situación económica, política, ética, moral, cultural y educativa hablamos de crisis. Somos sociedades en crisis permanente. El concepto ya no explica nada. Hemos conseguido a la crisis en nuestro estilo de vida. Mientras otros pueblos, también en crisis, le preguntan a su historia, a su cultura, es decir a su memoria a fin de tener un referente; nosotros nos debatimos en una especie de eterno retorno al olvido. Insistimos en practicar procedimientos que han mostrado su ineficacia. Nos adscribimos a estilos de pensamiento tan recurrentes como inoperantes. Desdeñamos el cambio y sin embargo cambiamos. Repetimos hasta el cansancio viejas fórmulas y nos resistimos ante la evidencia: somos otros, como lo son todos los pueblos de este fin de siglo.

Nuestro cambio tiene su origen, por supuesto, en el énfasis y la inconsistencia, en la marcha adelante y el retroceso, en eso que llamamos genéricamente educación:

la formal y la informal, para usar los conceptos de la oficialidad. Aunque yo prefiero decir la de las aulas y la de la vida. No quiero con esto establecer una división autoritaria, uso estos conceptos sólo como un señalamiento del cada vez más apreciable divorcio entre lo que ocurre en el salón de clase, en cualquiera de los niveles educativos y lo que pasa en el resto de los espacios sociales. La educación de las aulas ha visto menguada su influencia en los ámbitos de la cotidianidad. La realidad parece cada vez más distante de las prácticas de la escuela.

Los colectivos de la cotidianía (la familia, los amigos, los grupos de trabajadores, el pueblo, la plaza, la calle) establecen procesos de puesta en común más próximos a los patrones sugeridos por los medios de comunicación y las nuevas tecnologías, que por las enseñanzas de las instituciones llamadas educativas.

Es decir nos enfrentamos al problema del reconocimiento del profundo papel educativo de instituciones y organismos que operan en espacios y con procedimientos distintos a los de la escuela. Los medios de comunicación y las modernas tecnologías de la información, más allá de su adscripción ideológica, tienen en los hechos una práctica educativa. Esa práctica transcurre, en la mayoría de los casos paralela a los esfuerzos del sistema educativo formal por resolver demandas y rezagos diversos. Con frecuencia la escuela se encuentra en desventaja ante el poderío informador, o desinformador, de la televisión, la radio, el cine y los actuales procesos de procesamiento de información a distancia que encuentran su máxima expresión en la red de redes (internet).

El avance tecnológico plantea a las instituciones educativas formales retos de carácter mayúsculo, que de no ser atendidos con urgencia agudizarán la ya de por sí grave problemática educativa. Por ejemplo, es indudable que buena parte de las valoraciones que la sociedad mexicana tiene de sí misma en esta última década del siglo no fueron construidas por la escuela. Es notoria la preponderante participación de los medios de comunicación y las tecnologías de la información en la construcción de nuestra cultura valorativa. Incluso aspectos que tradicionalmente correspondían

a la escuela, como la llamada preparación para la vida, la movilidad social, la construcción de conocimientos básicos, el diseño del perfil cívico de los ciudadanos, por poner algunos ejemplos, ya están siendo estructurados por instancias más próximas a la comunicación masiva que a la escuela.

Mientras los nuevos productos tecnológicos materialmente nos han convertido en habitantes de la aldea global, la escuela parece encerrada en una especie de provincianismo corrupto. En sentido estricto mientras los poseedores y operadores de los sistemas de comunicación e información concentran el gran capital no sólo económico sino también educativo, cultural, científico y tecnológico, la escuela sufre desde hace varios años un proceso de descapitalización, especialmente en estos rubros. Este proceso de descapitalización es de suma gravedad, la escuela no sólo ha perdido capacidades de divulgación, de enseñanza, de experimentación; también ha perdido el control de muchos aspectos de la formación cultural y educativa de los futuros ciudadanos. Las prácticas escolares están muy lejos de poder incorporar con rapidez innovaciones científicas y tecnológicas, tanto en su parte propiamente técnico-pedagógica, como en la selección de sus contenidos. El atraso que en estos aspectos tiene la escuela resulta devastador. En cambio, parece que las tecnologías de la información gozan de una gran velocidad en la incorporación de los productos del conocimiento y en su puesta en práctica.

Es indudable que los educadores estamos obligados a la reflexión crítica sobre el papel presente de las instituciones educativas formales en la conformación del capital educativo y cultural de nuestra sociedad, pero también sobre el papel totalizador que están cumpliendo los medios de comunicación y las tecnologías de la información en estos mismos aspectos. Es indudable que las desventajas que la escuela tiene frente a los medios se deben entre otros factores al paulatino abandono de una propuesta de política educativa con mayor contenido social, en favor de otra más cercana a los intereses del gran capital y a las necesidades de los grandes mercados. En este contexto los medios de comunicación y las tecnologías de la información llegaron para

quedarse. Están incidiendo con gran fuerza en nuestras cosmovisiones, participan aceleradamente de la gran mayoría de los procesos de elaboración de productos, de ideas, de morales. A pesar de su omnipresencia, los educadores insistimos en prácticas que los excluyen, no participamos de su crítica, en muchos de los casos no los aceptamos como agentes determinantes de los procesos de elaboración cultural y si lo hacemos sólo es para concluir que estamos ante un poder apabullante. Los medios están definiendo, junto a otras circunstancias, una nueva cultura y la escuela esta siendo desplazada.

No hemos sido capaces de generar un amplio movimiento entre los educadores que posibilite la incorporación de los procesos educativos en los medios de comunicación como elemento determinante de los mensajes allí transmitidos. Estamos ante una batalla de proporciones incalculables, pero que no podemos soslayar. Resulta estratégico para el desarrollo científico, tecnológico, cultural y educativo de México elaborar una política educativa que atienda el papel que los medios de comunicación están cumpliendo como educadores y promotores del capital cultural de nuestro pueblo. Esta tarea no sólo consiste en incorporar al salón de clase los productos tecnológicos (monitores, videocaseteras, computadoras, etc.). Considero que ha sido un error concebir al producto tecnológico como la panacea capaz de resolver las inconsistencias de nuestro sistema educativo. En muchos de los casos su incorporación no contribuye a la solución de problema alguno y si se convierte en objeto decorativo del salón de clase o de la sala de usos múltiples; tampoco la práctica de trasladar el salón de clase a la televisión o la radio ha favorecido al proceso educativo, por el contrario ha contribuido a que se mantenga la falsa idea de la modernización sin obtener resultados.

Por supuesto, que es importante definir con claridad cual es el papel educativo y cultural que los mexicanos esperamos de los modernos medios de comunicación e información, pero todavía más importante que su incorporación al trabajo educativo, es el trabajo que los educadores tienen en el proceso de erradicación del analfabe-

tismo visual y auditivo. Según las cifras oficiales las personas que no saben leer y escribir son alrededor de seis millones, más los millones de analfabetas funcionales y esto es concebido como un gran problema educativo, y lo es. Piensen ustedes en el número de millones de mexicanos que no cuentan con el soporte básico para leer un mensaje de la televisión, o de la radio, de tal suerte que establezcan una relación inteligente, creativa, cargada de imaginación. Nuestra crítica se ha centrado en señalar las formas viciadas, corruptoras, de la mayoría de los mensajes de los medios, pero hemos abandonado la tarea de enseñar a leer mensajes, de aprender de ellos, de organizarnos para exigir que sus contenidos estén de acuerdo con nuestras necesidades, que sean diseñados de manera inteligente, con un carácter dialogal. La educadores tenemos que asumir que también somos productores de mensajes.

La escuela está obligada no sólo a diseñar y experimentar técnicas y procedimientos que permitan el aprovechamiento de las nuevas tecnologías en el trabajo educativo, también es responsable de la alfabetización de los educandos para que sepan leer (comprender, criticar, significar) los mensajes de los medios de comunicación. Existe, en mi opinión, una lectura deficiente, acrítica de los mensajes ofertados por los medios, lo que posibilita la incorporación de valoraciones que dan contenido a comportamientos sociales (consumismo compulsivo, desprecio por el conocimiento, aprecio por las modas, significativas formas de racismo, concepciones estéticas excluyentes, intolerancias diversas: políticas, sociales, religiosas, sexuales). Los medios de comunicación son grandes modeladores de la cultura, cada vez, con más frecuencia, se les asignan tareas de incidencia diferenciada (modificar ciertos comportamientos sociales no gratos para los encargados del poder, respaldar la aceptación colectiva de políticas impopulares, implantar valoraciones, modular los procesos informativos). Estas tareas son producto de una concepción educativa, a veces intencionada, otras azarosa, pero siempre en atención a intereses específicos de los grupos del poder.

No quisiera, sin embargo, convertirme en defensor de una visión catastrofista. Sin duda la problemática es grave. Pero también existen una serie de condiciones

favorables a la construcción de un modelo alternativo. Por ejemplo: cada vez con más brío se expresan y encuentran espacio en los medios formas culturales y temáticas anteriormente excluidas (artísticas, sexuales, políticas). Esto habla de la fuerza de la diversidad. Estamos viviendo un intenso proceso de reconocimiento de nuestras diferencias. Esta energía social está transformándonos de facto.

En otro orden, existe también una avalancha de avances tecnológicos que tienden a colectivizar conocimientos y productos que antes estaban reservados a las mafias científicas, intelectuales, artísticas. Ahora es común encontrarse con jóvenes con una gran competencia en el manejo de los ordenadores, los paquetes multimedia, la realidad virtual, la gráfica digital, el vídeo interactivo, las autopistas de la información etc. Este también es un recurso de la sociedad de un gran valor.

Muchas de estas energías sociales están organizándose, jóvenes que se agrupan para acceder a las nuevas tecnologías, colectivos de mujeres que diseñan propuestas para mejorar sus condiciones de vida y comunicarlas a otras mujeres usando los medios de comunicación, grupos de trabajadores que se acercan a internet buscando información técnica, universitarios que encuentran en los servidores webs formas de acceder al conocimiento que no obtienen en los salones de clase. Existen también instituciones que con muchas dificultades están liberándose de los procedimientos cerrados, burocráticos y han empezado a incorporar espacios innovadores, desafortunadamente estos espacios todavía son muy limitados.

En este contexto de efervescencia, ¿qué pasa con la escuela y los maestros?, hablo principalmente de la escuela básica pública, ¿cuál es el problema?, el lugar común es que el problema es de carácter económico, esto lo dice todo, pero también puede no decir nada. Estoy de acuerdo en que el aspecto económico es un factor muy importante, pero sería deshonesto si no señalara que hay una parte no económica también determinante. Aquí quiero hablar de los procesos que nos conducen a la inacción, de las formas culturales que diseñan nuestra apatía, del carácter social que le asignamos a la tarea educativa, en fin de ese conglomerado de ideas y prácticas que

nos permiten tener una concepción de nosotros mismos y asumir una actitud frente a los otros. Es indudable que tenemos que reflexionar no sólo sobre nuestra condición económica, sino también sobre nuestros pensamientos y prácticas. Es decir, tenemos que reaprender nuestra condición de productos y agentes del cambio, cada uno de nosotros es síntesis de un estilo de pensamiento, también nuestros errores y nuestros aciertos son formas culturales.

Es necesario construir una propuesta educativa para los medios cercana a las necesidades e intereses de los diversos grupos de la sociedad mexicana, que respalde el trabajo educativo de los maestros, que atienda no sólo a la instrucción sino también a la formación de valores, de conductas sociales, que eduque para la democracia, la paz, la justicia, la tolerancia, que adopte una filosofía del conocimiento, en fin una educación ética que use las nuevas tecnologías para la formación integral de los seres humanos. Los pocos canales educativos y culturales con que contamos parecen ser ajenos a lo que pasa en la escuela, rara vez se interesan por el trabajo de los miles de maestros y por la situación, muchas veces desesperada, que se vive en los salones de clase. La educación no es tema de los medios. Se destinan más horas a la chabacanería que al arte, la ciencia o la tecnología.

Es cierto, detrás de las políticas que respaldan nuestras prácticas comunicativas se encuentran intereses económicos. Es difícil que estos intereses participen de un estilo de comunicación alternativo. Corresponde a otros grupos sociales, con intereses diversos implementar estas estrategias y los maestros, los alumnos y los padres de familia forman parte de este conglomerado interesado en el diseño de una comunicación social como educación. Los intentos que se han hecho han partido del supuesto de que la comunicación educativa debe ser concebida bajo los criterios y valoraciones de una cierta idea de lo escolar. Creo que no es así, el medio de comunicación y la tecnología en general imponen condiciones que van más allá de trasladar la práctica de los maestros en el salón de clase al estudio de televisión o la cabina de radio. En principio exige el dominio de lenguajes normalmente desconocidos por los educado-

res, posteriormente, cuando los mensajes ya están elaborados y son transmitidos hay un proceso de intermediación del producto tecnológico (llámese televisor o aparato de radio) entre el emisor o los emisores del mensaje y el receptor o consumidor de los mismos, esta intermediación impone, en mi opinión, condiciones al proceso de enseñanza-aprendizaje que tendrían que ser investigadas con mucho detenimiento. Esta creo yo debe ser una línea de la investigación en comunicación educativa que debería estar en manos de un grupo interdisciplinario compuesto principalmente por educadores y comunicadores. Estos trabajos aportarían elementos conceptuales, teóricos, a los productores de mensajes, más allá del consumo acrítico y de la manipulación debe buscarse el diseño de mensajes abiertos, polisémicos, dialogales, creativos. Esto es aplicable a cualquier mensaje, incluso a los comerciales, pero en el caso de los mensajes educativos es condición indispensable.

Con las nuevas tecnologías están llegando también contenidos diversos procedentes de culturas de otras latitudes, esto genera posiciones encontradas entre los educadores, los hay quienes defienden la riqueza que significa el intercambio, la movilidad de nuestra cultura a partir del encuentro con otras manifestaciones, pero también hay quienes encuentran en este vertiginoso intercambio peligros para nuestra identidad. Durante mucho tiempo se ha hablado de la gravedad de la penetración ideológica, de los riesgos de adoptar patrones culturales extranjeros. Yo creo que ninguna posición maniquea ofrece ventajas. Ni todo es bueno, ni todo es malo. Las culturas de todos los pueblos del mundo están plagadas de préstamos e intercambios, por tanto los nacionalismos recalcitrantes, xenóforos, son tan dañinos como las preferencias acríticas que conciben como bueno todo lo que no es mexicano. En este como en muchos otros debates, los extremos deben ser matizados. Tenemos que incorporar, al resto de las transformaciones culturales que estamos viviendo, la cultura de la tolerancia. Las nuevas tecnologías nos ponen, lo aceptemos o no, en relación con el mundo. ¿Cómo debemos entender el papel de los mexicanos de este fin de siglo en el contexto de un mundo globalizado? Los conceptos que anteriormen-

te nos ofrecían algunas certidumbres están siendo severamente cuestionados por la realidad. Conceptos que han sido baluarte discursivo del estado mexicano parecen necesitar una urgente reflexión social: soberanía, independencia, justicia, estado de derecho. ¿Cuál es el papel de la escuela y los educadores en este contexto? ¿Cuál el de los medios de comunicación? Son interrogantes a las que tenemos que responder con propuestas. La crisis de la escuela pasa por la necesidad de potenciar su presencia en la vida de los mexicanos. Los educadores tenemos que pensar y que pensarnos en esta nueva realidad, por lo demás cambiante, volátil. Nuestro espacio natural, la escuela, está sufriendo los embates de diversas insurgencias. Los medios de comunicación, en un plano de buenos deseos, más que contrincantes, deberían ser auxiliares del trabajo educativo, pero esta no es una condición fácil, reclama cambios de actitud, que son finalmente cambios culturales, entre los diversos actores de la educación.

En otras partes del mundo, la escuela se está mirando en prospectiva. Las nuevas tecnologías son una realidad que puede ser usada con contenidos e intenciones diversas a los usos que el gran capital les está dando. Iniciar el debate educación, medios y nuevas tecnologías de la información con la participación de los educadores, estudiantes y padres de familia es una necesidad estratégica para el futuro de la educación mexicana.

Algunas propuestas y conclusiones.

1. Es urgente que en este y otros espacios se analice la política de comunicación educativa a fin de elaborar una o varias propuestas, destinadas a construir un espacio académico de investigación y producción de mensajes educativos destinados a fortalecer el trabajo de los educadores.
2. Las instituciones que actualmente cuentan con posibilidades de producir o intercambiar materiales educativos están obligadas a convertirse en promotoras

de una estrategia de comunicación, para esto es necesario diseñar productos específicos en función de necesidades concretas.

3. Toda forma de comunicación es educación. La escuela y los educadores deben ganar presencia en los medios y las redes sociales.
4. Propongo la implementación inmediata de talleres de reflexión sobre las posibilidades de incorporar en el trabajo académico de los docentes, de los diferentes niveles educativos contenidos temáticos que fortalezcan la alfabetización en materia audiovisual.

Referencias

- Castells, M. (1997). La sociedad de la información: economía, sociedad y cultura. La sociedad red. Madrid: Alianza, I.
- Deleuze, G. and Guattari, F. (2001). ¿Qué es la filosofía? Colección Argumentos. Anagrama, Barcelona.
- Deleuze, G. and Guattari, F. (2006). Mil mesetas. Capitalismo y esquizofrenia. ensayo. Pre-Textos, Valencia. Biblioteca personal.
- Harvey, D. (1998). La condición de la postmodernidad. Investigación sobre los orígenes del cambio cultural. Amorrortu Editores.